

# Kronika

## Crónica

### Chronique



ankulegi



## Sobre amistad y antropología. Un recordatorio de Enric Porqueres y Daniel Etcheverry

Elixabete Imaz

Universidad del País Vasco /  
Euskal Herriko Unibertsitatea (UPV/EHU)  
elixabete.imaz@ehu.eus

Cuando estábamos cerrando este último y forzadamente retrasado número de *Ankulegi* sobre el tema monográfico de la muerte —número que, premonitoriamente, parece que acabará siendo el último de esta publicación—, recibí la noticia del fallecimiento del antropólogo Daniel Etcheverry (Montevideo, 20-1-1961 – Porto Alegre, 17-7-2020)<sup>1</sup>. Bastantes meses antes, el cierre del anterior número fue casi coincidente con el adiós al también antropólogo Enric Porqueres i Gene (Torroja del Priorat, 12-9-1962 – París, 3-11-2018)<sup>2</sup>. Se trata, en realidad, de dos antropólogos dispares, con intereses de investigación alejados, de formación radicalmente diferente, que habían desarrollado su carrera académica en lugares distantes y que no se conocían entre sí. Sin embargo, tenían varias cosas en común: eran personas de la misma generación que murieron prematuramente cuando aún podían contarnos y aportarnos muchas cosas; ambos, aunque con trayectorias académicas y vitales distintas, eran apasionados de la antropología y eran antropólogos en todas las dimensiones y facetas de su vida, comprometidos con lo que hacían y constituidos ellos mismos por lo que hacían. Además, los dos participaron en algún momento en las

actividades de *Ankulegi* y colaboraron como autores en nuestra revista<sup>3</sup>. Y, sobre todo, los traigo aquí porque a ambos los consideraba mis amigos. Eran dos personas a las que apreciaba, de esas con las que no se comparte la vida ordinaria, pero con las que, en los reencuentros puntuales, casi siempre con motivo de alguna visita académica o en el contexto de un encuentro disciplinar, se renueva la conexión y el entendimiento que surgió al conocerse. Personas con las que se comparten conversaciones largas, divertidas y cómplices en las que la antropología, con sus lenguajes, sus lugares comunes, sus chistes y sus sobreentendidos, es un componente fundamental.

Conocí a Enric en las primeras jornadas de jóvenes investigadores “Las astucias de lo social” que se celebraron en Bilbao en 1998<sup>4</sup>. Él se acababa de incorporar a la *École des Hautes Études des Sciences Sociales* de París y frecuentaba el Laboratorio de Etnología del Collège de France, lo que le hacía, a mis ojos, una especie de mortal en contacto directo con el Olimpo de los grandes nombres de la antropología francesa del momento, con Lévi-Strauss a la cabeza. Enric cursó sus primeros estudios en la Universidad de Barcelona y, más tarde, realizó su doctorado en el Instituto Europeo de Florencia. En su tesis, codirigida por Françoise Héritier y Robert Rowland, trató las estrategias matrimoniales de la etnia maldita de los chuetas de Mallorca, iniciando una trayectoria en la que el parentesco y lo político aparecían íntimamente imbricados. En esta misma línea, entre la historia y la antropología, también trabajó sobre los usos de la retórica de la sangre y de la genealogía en el nacionalismo vasco. Enric era un

<sup>1</sup> Véase la nota obituario de Pilar Uriarte Bálamo “Daniel Etcheverry Burqueño: Montevideo, 20/01/1961 – Porto Alegre, 17/07/2020”, *Anuario Antropológico*, vol. 45, nº 3, 2020, (<<https://doi.org/10.4000/aa.6731>>).

<sup>2</sup> Véase la nota obituario de Irène Bellier, Agnès Fine, Séverine Mathieu, Noémie Merleau-Ponty, Irène Théry y Jean-Paul Zuhiga (<<https://www.iiaac.cnrs.fr/article3253.html>>); y también Joan Bestard, “Obituari: fragments d’una conversa interrompuda. Eric Porqueres i Gené. 12 de setembre 1962 - 3 de novembre 2018”, *Revista d’Etnologia de Catalunya*, nº 43, 2018, p. 310 (<<https://raco.cat/index.php/RevistaEtnologia/article/view/359254>>).

<sup>3</sup> Daniel Etcheverry, “La construcción y deconstrucción del miedo: experiencias de los emigrantes frente a la autoridad policial”, *Ankulegi. Revista de Antropología Social*, nº 14 (monográfico: ‘Antropología de las emociones’). Enric Porqueres, “La persona mediadora: el parentesco a la luz de la cosmología”, *Ankulegi. Revista de Antropología Social*, nº 16 (monográfico: ‘Familias y parentesco’), pp. 11-2.

<sup>4</sup> De estas jornadas derivó la publicación Gabriel Gatti e Iñaki Martínez de Albéniz (coords.), *Las astucias de la identidad. Figuras, territorios y estrategias de lo social contemporáneo*, Leioa, Servicio Editorial de UPV/EHU, en la que Porqueres aportó su estudio “El matrimonio canónico y los temores de la República”.

investigador que rehuía del campo y gustaba más de trabajar en archivos y bibliotecas, leer mucho y escuchar a colegas. En los últimos años, cierto viraje en sus intereses le hizo embarcarse en el estudio del impacto que, en el parentesco, están teniendo las tecnologías reproductivas y, también, profundizó en la noción de persona. En el contexto del seminario “Parenté et ethnoembryologies” se entusiasmó con el estudio transcultural de las concepciones del embrión<sup>5</sup>.

Desde la posición privilegiada que sabía que tenía, Enric fue generoso al abrir las puertas de la École a investigadores de otros lados. Las conversaciones con él eran amables y llenas de sutiles ironías. Era un erudito que escuchaba sin engreimiento, de una voz cálida que cautivaba a quien escuchaba, un atributo del que él era consciente y que sabía aprovechar para ganarse a su público, fuera en una pequeña sala o en un gran auditorio.

A Daniel, le conocí en una estancia de investigación que realicé en la Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS), en Porto Alegre, en 2008. Coincidimos en el grupo NACI, provocadora y engañosa sigla que condensaba el nombre del Núcleo de Antropología e Cidadanía de esa Universidad, dirigido en aquel momento por Claudia Fonseca y del que él era miembro. Daniel acababa de superar un primer envite del cáncer y su cuerpo aún mostraba la debilidad derivada de aquella batalla. Estaba cursando el doctorado, bajo la dirección de Denise Jardim. A pesar de su apellido, no sentía especial vínculo con sus orígenes vascos y no fue ese nunca un tema de conversación con él. Le aprisionaba todo lo que resultara demasiado acotado y, tal vez por eso, dejó Uruguay de la dictadura muy joven y se adentró durante un tiempo en los territorios de las Américas, tanto del norte como del sur. Daniel contaba divertidas anécdotas de su vida como mochilero a través de Estados Unidos y América Latina, de sus trabajos precarios y su deambular incierto, de su enamoramiento

con Colombia. Puede que, de este trasiego entre fronteras, surgiera su interés por la antropología de las migraciones y la centralidad que en su trabajo daba a los papeles o la falta de ellos, que fue el tema de su tesis. Tras el doctorado, fue docente en la Universidade Federal do Pampa (UNIPAMPA), en el campus de San Borja, una ciudad cuya historia también está vinculada a fluctuantes fronteras. Pero a Daniel le interesaron también los aspectos más esotéricos de la existencia: fue aprendiz de magia blanca en Montevideo cuando era apenas un adolescente y frecuentó (y estudió) el circuito candomblé y de las religiones afrobrasileñas de Porto Alegre, que prometió mostrarme en alguna ocasión.

La muerte prematura de Enric y de Daniel deja tristeza, pero, también, promesas de reuniones que no serán, nostalgia de reencuentros pasados, esbozos de caminos no transitados, proyectos que quedaron en barbecho en espera de un momento propicio. La coincidencia de la pérdida de estos amigos con este paréntesis vital y académico que ha supuesto la pandemia, este tiempo de pantallas y de citas postergadas, me ha llevado a pensar en la antropología y en la amistad, y en cómo ambas se articulan, se relacionan, se alimentan y se entremezclan. De la importancia que cobra la amistad en nuestras biografías y en nuestros trabajos, pero, a su vez, de lo poco que se reconocen en nuestras bibliografías y exposiciones. La importancia de la red y del contacto, de la invitación, del hospedaje y de la hospitalidad. Del intercambio. La centralidad, la utilidad —casi podría decirse— de los vínculos de amistad para la disciplina y el conocimiento, a pesar de la omisión que hacemos de ella en nuestros relatos.

La antropología es, ciertamente, una disciplina endogámica. Hablamos mucho del parentesco de los otros, pero, en cambio, reflexionamos poco sobre la constante de las alianzas y genealogías familiares en la disciplina y la importancia o transcendencia que han tenido en su constitución. Nos divierte constatar los (muchos) matrimonios y los (bastantes) divorcios, destapar a amantes que, tal vez por reminiscencias victorianas, nos gusta saborear en tono de cotilleo. Pero, sin embargo, no existe una reflexión, ni reconocimiento serio de lo

---

<sup>5</sup> Este trabajo se ha publicado póstumamente: Alejandro Bilbao y Enric Porqueres, *Corps et personne dans les sociétés biotechnologiques. Études psychoanalytiques et anthropologiques*, París, Harmattan, 2020.

que han supuesto en los aportes a la disciplina la colaboración entre padres (o madres) e hijos/as, tíos/as y sobrinos/as y, no digamos, entre los y las cónyuges<sup>6</sup>. Y si esta endogamia es cierta en relación con el parentesco, lo es más si cabe cuando hablamos de la amistad con colegas, de la que encontramos en nuestros viajes, en nuestros trabajos de campo, en los objetos de estudio comunes. Lo cierto es que las estancias simultáneas y los campos compartidos no son extraños, pero, tal vez por romanticismo propio de la disciplina, preferimos dibujarnos como solitarios/as en una tierra extraña.

Obviamente, la antropología ha hablado de amistad como objeto de estudio, aunque siempre haya sido un asunto menor frente a otras relaciones más institucionalizadas, como nos recuerda Pepa Cucó<sup>7</sup>. Es cierto que, en ocasiones, encontramos reconocimiento de la amistad que, traspasando las barreras culturales, logra establecerse entre un etnólogo o una etnóloga y una persona nativa que, por su carácter reflexivo y su saber excepcional, se convierte en intérprete y compañera. Ahí tenemos la relación de Victor Turner con Muchona el Abejorro, de Maurice Godelier con Kummaineu o de Anne Chapman con Lola Kiepja<sup>8</sup>. En estos casos, sabemos de la relación preferente por dedicatorias y menciones, por los retratos con nombre propio que aparecen en la publicación. Sin embargo, las particularidades de estas amistades y el lugar que en ella ocupan los rasgos propios de la amistad, como la reciprocidad, la simetría y la relación dialógica, no es una cuestión en la que se haya indagado demasiado, aunque sea, sin duda, un elemento de reflexión interesante.

---

<sup>6</sup> El silencio sobre esta cuestión en la historia de la antropología y lo enriquecedor que podría resultar su estudio para la comprensión de las trayectorias personales y disciplinares es una observación que hizo en comunicación personal Miriam Grossi, ella misma una gran creadora de redes, siempre atenta a conectar personas y fomentar vínculos académicos y personales fructíferos.

<sup>7</sup> Josepa Cucó Giner, *La amistad: perspectiva antropológica*, Barcelona, Icaria, 1995.

<sup>8</sup> Victor Turner, *La selva de los símbolos*, Madrid, Siglo XXI. Maurice Godelier, *La producción de grandes hombres*, Madrid, Akal, 1986. Anne Chapman, *Los selk'nam. La vida de los onas en Tierra del Fuego*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

En cuanto a la amistad entre colegas se refiere, la amistad entre antropólogos y antropólogas, las menciones suelen ser aisladas, y mucho más indirectas y parcas. A diferencia de los literatos, entre los que la amistad aparece como germen de creatividad y es convertida, incluso, en género literario en forma epistolar<sup>9</sup>, detallada en las memorias o incorporada como personaje más o menos identificable en los relatos, la antropología no ha sabido darle forma y las referencias a colegas y amigos se limitan a los obituarios o, a lo más, a los agradecimientos a pie de página.

No obstante, hay, como es lógico en antropología, excepciones. Por ejemplo, Marcel Mauss, al que le gustaba, en la mayoría de escritos, agradecer las aportaciones provenientes de otros investigadores, refiriéndose a Émile Durkheim como “mi tío” o a otros colegas o discípulos —muy especialmente, a Hertz— como “querido amigo”. Son excepcionales la puesta sobre el tablero de las emociones y afectos respecto a colegas en el propio texto, como la que hace Renato Rosaldo, quien reconoce el pesar por la pérdida de su esposa y colega “Shelly” (Michelle Rosaldo) en pleno trabajo de campo como el elemento crucial que le procurará un enfoque radicalmente diferente de comprender las emociones y el duelo desde la antropología<sup>10</sup>. Dentro de la constante de la falta de referencia a la amistad con las y los colegas, probablemente sea en las entrevistas donde esta es más específicamente reconocida y relatada. Así, y como simple ejemplo, la amistad entre colegas tiene una presencia manifiesta en las entrevistas realizadas en nuestra revista a Teresa del Valle por Virginia Maquieira (nº 12, 2008), a Txemi Apaolaza por Carmen Díez Mintegui (nº 14, 2010) o a Jean Collier por Elixabete Imaz (nº 19, 2015).

---

<sup>9</sup> En el contexto de la antropología del Estado, se publicó, gracias a la recopilación hecha por Honorio Velasco y Carmen Caro, la relación epistolar entre los colegas y amigos Pitt-Rivers y Caro Baroja bajo el título *De Julian a Julio y de Julio a Julian. Correspondencia entre Julio Caro Baroja y Julian Pitt-Rivers (1949-1991)*, Madrid, CSIC, 2016.

<sup>10</sup> Renato Rosaldo, “Aflición e ira de un cazador de cabezas”, en *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*, México DF, Grijalbo, 1989.

Frente a la tendencia a una actividad académica cada vez más protocolizada y burocratizada, una propensión acentuada por este largo periodo de pandemia, he querido aprovechar este recordatorio de Enric y de Daniel para reivindicar la importancia, en la tarea antropológica, de la amistad y de la dimensión informal de lo académico. Poner en valor las visitas mutuas y los encuentros; los proyectos de escritura compartida; la red que se genera en cada estancia, congreso o seminario. Reconocer la generosidad que implica producir espacios en que estos vínculos académico-amistosos-disciplinares puedan reno-

varse. De lo imprescindible que es ser una misma, uno mismo, un nodo de esas redes y cuidar de los espacios de encuentro simultáneamente lúdicos y académicos en que los que amistad germina y se renueva.

La pandemia pasará y, esperemos que, de nuevo, vaya retornando todo lo que quedó barrido por el virus. Volverán las invitaciones, las estancias y los congresos en los que retomaremos los proyectos aparcados. En esos futuros encuentros, sin duda, echaremos de menos, mucho, a Enric y a Daniel.